

**Entre bastidores:
rastros y rostros en los trabajos de un investigador
(En homenaje a Francisco Rico)**

Fidel Sebastián Mediavilla
(IS)

INTRODUCCIÓN

El filólogo, en cuanto investigador, ha de mirar dentro de las cosas; más allá de lo que aparece hacia fuera, que es lo que todos han visto hasta entonces. Cuando se encuentra con una obra, un capítulo, una frase, una palabra que rompe el sistema, la norma inteligible, si es constante y sistemático —si cree en los sistemas—, lo esperable es que, tras el examen, encuentre la solución, el “error”, la “errata” que se ha introducido en algún momento de la transmisión del texto, y probablemente la causa de esa irrupción.

Existen circunstancias en torno a alguno de estos hallazgos que producen en el investigador un gozo instantáneo que no resiste a comunicarlo con los demás. Más tarde vienen a su memoria las personas —los rostros— que han dado una pista, un empujón, una esperanza, que le han puesto en marcha o le han sostenido en la búsqueda prolongada. A estos, aunque sea tarde, hay que darles las gracias e invitarles a participar en el gozo del descubridor.

I. UN PUNTO Y COMA PERDIDO EN EL *QUIJOTE*

Me había llegado, a punto de cumplir los cincuenta, el tiempo oportuno para hacer mi doctorado en Filología Española.

Instalado definitivamente en Barcelona, había ido a la Universidad Autónoma para matricularme en los cursos preceptivos: fui al tablón de anuncios de Lengua, y me desanimé: desde que terminé en 1970 mi licenciatura en Zaragoza, habían cambiado mucho las cosas y la oferta no me atraía. Al lado estaba el tablón de Literatura, y su programa me atrajo al instante: durante aquellos años previos había leído mucho, y allí veía la oportunidad de profundizar en el conocimiento de autores y de obras admirados. Habría que estar atento, desde el principio, para dar con un tema atractivo para la tesis doctoral.

Llevaba una carta de presentación para José Manuel Blecua de una amiga común. Cuando le expliqué mi cambio de intención delante de los tablones de anuncios, me dijo simplemente que fuera a ver a su hermano Alberto, que tenía el despacho en el mismo pasillo, un poco más allá. Ese día inauguré una duradera amistad con los dos hermanos que, en lo profesional, me proporcionó, entre otros gozos, el de que José Manuel se ocupara, a su tiempo, de convocar, para la defensa de mi tesis, un tribunal de lujo, que presidiría Alberto. De este, además, recibí en herencia una intuición que él comenzó a desarrollar, y más tarde, yo pude extender, y extraer de ella numerosas conclusiones: la importancia —hasta entonces desatendida— del estudio comparativo de la puntuación para resolver problemas de crítica textual.

Pocos días después de mi opción por el doctorado en Literatura, irrumpió en mi vida Francisco Rico adornado de buena parte de los atributos con que la fama me lo había pintado antes de conocerlo. Sorprendente —ya me habían advertido—; ácido —no con conmigo, debo reconocer—; agudo, profético y algo adivino: “¿A usted le interesa la puntuación?”. Siempre me había interesado y hasta había escrito, recién salido de la facultad, un folleto sobre el uso de los signos de puntuación que había ayudado a mis amigos para escribir correctamente sus tesis doctorales (estoy viendo el

rostro divertido y agradecido de Luis Raventós, que defendió su tesis muy bien puntuada en 1976; y conservó toda su vida, como oro en paño, aquellos folios míos llenos de normas y ejemplos para la buena puntuación). Y la memoria. La memoria mítica de Rico. Cuando acabó la reunión que habíamos tenido los alumnos de doctorado con él en su despacho, le pregunté, casi a bocajarro, si me podía aconsejar bibliografía sobre un asunto literario y jurídico que me venía intrigando y no tenía nada que ver con lo que se había hablado allí: el matrimonio secreto. Y sin pensarlo ni un minuto, me indicó tres libros fundamentales, incluida una tesis inédita de 1948, que resolvieron todas mis dudas a plena satisfacción.

Rico no da puntuada sin hilo. Y al poco tiempo me propuso que me pusiera a estudiar la puntuación del *Quijote*. Seguramente de manera consciente, y quizás como modo de seleccionar sus colaboradores, no suele manifestar de entrada sus intenciones finales, ni proporciona información complementaria que tú puedas encontrar, aunque ello conlleve dudas y tiempo (aprendizaje, al fin).

Finalizada la edición del *Quijote* que Rico había estado elaborando para el Instituto Cervantes, hizo su presentación oficial y solemne en el Palau de la Generalitat el 21 de abril de 1998. Ya en la Introducción del volumen manifestaba la dificultad grande con que se había encontrado, y se encontraba cualquier editor de los clásicos, a la hora de puntuar: por entonces, no había un referente de normativas más allá de los libros de estilo de los diarios de mayor difusión. Y mucho menos se conocía por qué criterios se regían los autores de siglos pretéritos.

Puesto ya, por mi parte, a examinar la puntuación del *Quijote*, siguiendo el criterio, inculcado por Rico, de no dejar flecos sueltos, y de hacer las comprobaciones necesarias antes de asentar una afirmación, me encontré con un detalle minúsculo que me impedía poner por escrito y en letra impresa que la *editio princeps* del *Quijote* no usaba en ningún caso el punto y coma, llamado al principio *semicolon* o *hipocolon*.

El punto y coma había sido el último signo en incorporarse, muy tardíamente, al sistema de puntuación heredado de la antigüedad grecolatina perfectamente expuesto y justificado desde Cicerón y, sobre todo, Quintiliano. El sistema que, en lo más básico, había pasado incólume a la imprenta, consistía en separar convenientemente unas frases de otras, y las partes de que consta cada una de ellas: la frase (*periodos*) está formada por uno o más miembros (*colum* / plural *cola*); y los miembros, a veces, contienen incisos (*comma* / plural *commata*). Los signos tomaron (y arrebataron) el nombre de las partes entonativas de la oración. El *periodos* griego pasó en latín a denominarse *punctum*, que era la forma en que se escribía; el *colum* conservó el nombre en latín y hasta hoy en muchas lenguas (colon), y se escribe con dos puntos uno sobre otro; finalmente la *comma* ha mantenido su nombre hasta hoy representada por una barra que en tiempos era oblicua, y más tarde curva.

Y el semicolon, hipocolon o colon imperfecto, con forma de punto sobre una coma vino a perturbar el sistema. De hecho, cualquiera puede comprobar aún hoy que el punto y coma es el signo que menos se utiliza, y que siempre queda la duda sobre su oportunidad. Esto explica que el signo tardara mucho en recogerse en los tratados de ortografía, y mucho más en las imprentas.

Después de tantas propuestas de autor en materia de puntuación que no han prosperado a pesar del prestigio literario y gramatical de sus proponentes (Alemán, Correas, Juan Ramón...), llama la atención que esta “molesta” innovación haya ido haciéndose hueco hasta hallar una cierta solución teórica en la reciente *Ortografía* de la Real Academia (2010). Si esto ha sido posible es por el cúmulo de circunstancias que concurrieron en su nacimiento con la intervención de figuras de referencia para el mundo de la imprenta manual. Capricho de un filólogo prestigioso (Pietro Bembo),

avalado por el impresor más admirado e imitado (Aldo Manuzio). Para poderlo estampar, hubo que cortar el punzón, grabar el tipo, y hasta se hizo una fuente nueva (se llamaría Bembo), por obra de Francesco Griffo. La fuente (y el semicolon) sirvió para imprimir un opúsculo de Bembo, titulado *De Aetna*, en Venecia, año 1495 (*more véneto*: por tanto, un año después). Bembo, como era su costumbre, visitaba asiduamente el taller de estampación y vigilaba de cerca la corrección de lo que se iba componiendo e imprimiendo; se aseguró de que se respetara el punto y coma allí donde él lo había marcado en el original.

A partir de ahí, poco a poco fue apareciendo en algunos tratados de *ortografía* el nuevo signo y su función, que coincidía prácticamente con la que venían desempeñando los dos puntos, sin un deslinde claro y definitivo. Los textos literarios lo fueron incorporando a su propio ritmo, lento e indeciso también.

Entraba en las competencias del corrector de imprenta (o de quien hiciese sus veces) determinar qué signos de puntuación se iban a utilizar en cada obra, y con qué criterios se habrían de insertar. Para la *princeps* del *Quijote* se optó por un sistema de seis signos de puntuación: punto, colon (dos puntos), coma, paréntesis curvo, interrogación y admiración (muy escasamente utilizada).

De esa primera edición que se puso en venta a finales de 1604, se tirarían, según los usos, ente 1500 y 1700 ejemplares. De ellos se conservan localizados unos 30. Entre estos 30, unos se distinguen de otros a causa de una segunda tirada. Por la razón que fuera, el personal de Juan de la Cuesta se había quedado corto en la cuenta, y hubo que volver a componer y tirar varios pliegos de nuevo: entre unos y otros se observan algunas variantes de omisión o de corrección. Según esta división que había establecido R.M. Flores, y su reproducción literal de las dos emisiones, el grupo de la Familia A trae un único e inexplicable punto y coma en el folio 11r, línea 11 (“Hecho esto; mandò”) que cambiaría el grupo de la Familia B por una coma.

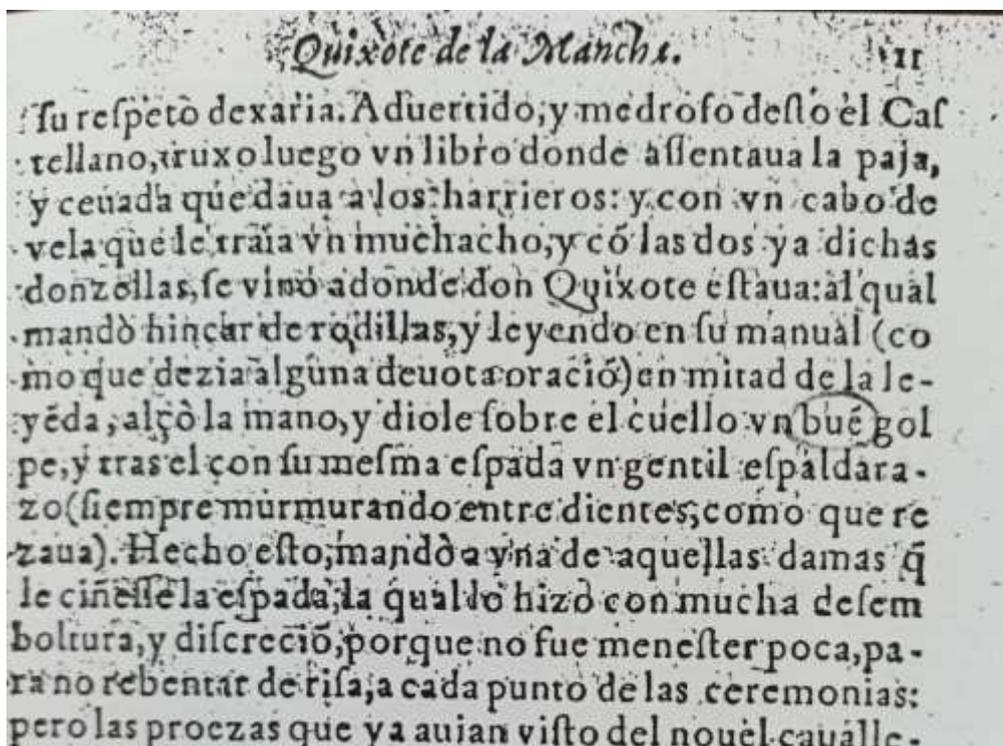


Figura 1: Primera parte del *Quijote*, cap. 3, *editio princeps*

Resulta que la copia con la que yo llevaba meses trabajando traía en ese preciso lugar un indiscutible punto y coma (véase figura 1). Y como esta excepción rompía, sin razón aparente, un sistema coherente, había que encontrar el origen y su explicación, si era posible. El profesor Rico, siempre oportuno, después de hacerme una lamentación preventiva sobre las tesis (y otras investigaciones) elaboradas *a tavolino*, me animó. “Tome un avión, y vaya a ver los ejemplares de Madrid”.

Tomé temprano el puente aéreo sin equipaje previendo regresar en el día. Portando cartas de presentación de Rico, me dirigí primero a la Biblioteca Nacional. Pasé el tiempo necesario para examinar los ejemplares de la casa, y no encontré en aquel pasaje nada más que la coma que Flores asegura estar en todos los ejemplares de la Familia B. Pasado medio día llegué a la Biblioteca del Palacio Real. Con la misma amabilidad que en la Nacional, fui atendido, y acabé con el mismo resultado que en la pesquisa anterior. Salí de las dependencias de Palacio a la Plaza de la Armería. Hacía un tiempo estupendo; el cielo lucía velazqueño. Entré en la catedral de la Almudena, que no conocía. Y elegí, después, un restaurante sencillo en las proximidades para comer.

Después de comer se podía dar todo por terminado. Pero me dirigí a la Real Academia. Me dijeron allí que el horario era solo de mañanas. Con mi carta de presentación y mi insistencia, y, sobre todo, gracias a la amabilidad de la persona responsable, se me permitió entrar en una sala y quedarme a solas con el ejemplar que se guarda con esmero en la docta casa. Abierto el libro por el lugar que había que examinar se hizo la luz... y una carcajada. Algo que *sul tavolino*, a base de fotocopias, nunca se hubiera podido apreciar; algo que, deformado por la reproducción en blanco y negro, producía el efecto de un indubitable punto y coma, era en realidad una minúscula impureza de color paja justo encima de una coma, que copia tras copia había transmitido la apariencia inexplicable de un único punto y coma en todo el texto de la *princeps* de la Primera parte del *Quijote*. La copia con que yo venía trabajando era una enésima reproducción por fotocopia de aquel ejemplar R-28 de la Real Academia Española.

Por aquello de que el bien es difusivo de suyo, e impele a ser comunicado, agradecí que, después de todo un día siguiéndole el rastro al *hidalgo manchego* —con la ayuda de rostros amables que me ayudaron a alcanzar el objetivo—, al tomar el avión de regreso, otro hidalgo —este, catalán y algo paisano mío—, Luis Montuenga, que regresaba de un consejo de administración, al verme, abandonó su asiento en clase preferente para hacerme compañía donde yo estaba. Le conté mi aventura de ese día, y supongo que le ayudé a distraerse de sus preocupaciones introduciéndole en un mundo tan ajeno al suyo. Este rostro cordial me deparó un grato final de la jornada, porque todavía insistió en acompañarme a casa en su coche desde el aeropuerto. Y es que era —ahora estará en el Cielo— de aquellos señores que después de hacerte de conductor, bajan del coche para decirte adiós pie a tierra.

II. SANTA TERESA DE JESÚS: NO ERAN ANACOLUTOS

Era el verano de 2011. Una tarde me llama Rico por teléfono:

- Hace tiempo que no sé de usted. ¿En qué está metido?
- Estoy acabando un estudio sobre la acentuación en el Siglo de Oro.
- Me interesa mucho. Mándemelo cuando lo tenga listo.
- De acuerdo. Por cierto, he visto su lista de títulos para la Biblioteca Clásica. Me gustaría hacer la edición de santa Teresa.
- ¿Si se atreve? Pero cuente que no es trabajo para unos pocos meses.

- Ya cuento con ello.
— ¡Pues adelante!

Y me puse a pensar en ello mientras concluía el trabajo en que estaba entonces metido.

En la primera entrevista que tuve con él para hablar cara a cara sobre el particular, me dijo que había preguntado a García de la Concha quién era el que más sabía de la santa. Y le dijo que el padre Tomás Álvarez. Y Rico a mí:

- Tendría que ir a verle.

El padre Álvarez —andaba por los noventa años— vivía entonces en Burgos. Y para allí me fui después de haber concertado una entrevista. Ya nos conocíamos porque tiempo atrás yo había estudiado la puntuación en la obra de santa Teresa y había publicado un libro que le hice llegar con una carta en que le agradecía todo lo que él había trabajado sobre la santa, y muy particularmente por las excelentes ediciones facsimilares, que tan útiles me habían sido. En cuanto nos saludamos, ya prevenido, me preguntó sin más preámbulos:

- ¿Qué quiere usted hacer?
— Una edición crítica del *Libro de la vida*.
— Pero, ¡si precisamente tenemos el manuscrito original!
— Sí, pero habría que cotejarlo con las sucesivas ediciones que lo han leído de manera diversa en muchos pasajes.

Es preciso recordar que el lenguaje de santa Teresa, en esa su primera obra escrita, presenta especial dificultad para el editor: en primer lugar, no usa signos de puntuación; en segundo lugar, escribe como habla, es decir, como habla, o hablaba, una mujer culta pero sencilla en el siglo XVI: con muchos incisos, paréntesis, autocorrecciones —nunca tachaba—; y con una oscuridad adicional al procurar a toda costa el anonimato, eludiendo, por tanto, nombres de personas, de lugares, etc.

El manuscrito estuvo en manos del primer editor, fray Luis de León, que se cuidó de asegurar que había sana doctrina, y que sus audacias doctrinales eran defendibles. Pero de la puntuación —y de la ortografía en general— se ocupó, como era de esperar, el corrector de la imprenta, o quien, haciendo sus veces, preparó la “copia en limpio” y estableció las normas ortográficas con que se había de imprimir. Y en alguna medida, como era normal en la imprenta manual, también intervendrían los cajistas más o menos bachilleres. La realidad es que esta intervención dejó mucho que desear. El primer impreso salió mal —muy mal— puntuado.

El manuscrito, tan pronto como murió fray Luis, pasó a poder del rey, quien dispuso que ocupara un lugar de honor en la Biblioteca del Escorial flanqueado por sendos —presuntos— originales de los más grandes padres de la Iglesia oriental y occidental, san Juan Crisóstomo y san Agustín.

Nadie más pudo servirse del manuscrito en adelante para las nuevas ediciones. Todas ellas se fueron elaborando a partir de la primera, heredando sus vicios y virtudes, y aumentando con sus intervenciones ora el catálogo de aciertos, ora el de errores. De los elogios que en el preámbulo de la *princeps* dedicó fray Luis al estilo fresco y elegante de la santa, se fue llegando a un cierto enfriamiento del entusiasmo y a atribuir a la santa un sinfín de anacolutos, y hasta una pretendida justificación en aras de una curiosa humildad que le haría presentarse con un estilo descuidado.

Nada más lejos de la perfección que, también para dar gloria a Dios, buscaba la santa en todo su quehacer. Me quedaba, por tanto, por delante una larga labor de desatar nudos, de aclarar sinsentidos, de devolver al texto su pureza original. Muchas frases en principio mal construidas o ininteligibles en los impresos quedaban correctas y luminosas con un cambio oportuno en la puntuación. De todas estas sanaciones se da cuenta en el aparato crítico de mi edición para Biblioteca Clásica de la Real Academia Española, y las más llamativas también en las notas al texto crítico.

Mientras lo editaba, me había impuesto la norma de no pasar de una frase a otra mientras aquella no quedara satisfactoriamente correcta e inteligible: perfectamente clara para mí —que había seguido el proceso de depuración—, y para el lector que pasaría por ella sin esta prevención. Algunas de estas frases requerían el tiempo de una mañana entera mirando y remirando las diversas ediciones, poniendo la lupa en el facsímil, valorando las escasas barras con que la autora marcaba un cambio de asunto.

Una frase se me mostró especialmente rebelde. La lectura que había hecho de ella la primera edición resultaba inadmisibles. Otros la intentaron salvar *ope ingenii* supliendo lo que suponían que había sido descuido. Pero la solución estaba en el manuscrito. La sanación que pude hacer tiene los honores de corrección *ope codicum*. Adelanto que la lupa ayudó definitivamente.

La *princeps* traía:

Sí que no está el amor de Dios en tener lágrimas, ni estos gustos y ternura, que por la mayor parte los deseamos y **consolamonos** con ellos (p. 131).

El editor (quizás fray Luis en persona) había añadido por su cuenta el enclítico *-nos* (*consolámonos*), que no viene en el manuscrito. La frase queda así con sentido, pero quizás la autora quería decir otra cosa, porque el *-nos* no lo traía.

Don Vicente de la Fuente, en su edición novecentista (1861, p. 45) se da por satisfecho, en este punto, con la lectura de la *princeps*. Aunque don Vicente disfrutó de un privilegio real para ver el manuscrito en el Escorial cuantas veces quisiera, decidió al fin ahorrarse desplazamientos y fiarse del *códice regio* que él mismo había encontrado en la Biblioteca Nacional y que era copia que se había hecho del original el año 1751 por encargo de Fernando VI (copia, por cierto, no del todo fiel).

Las ediciones del siglo XX, a la vista de la primera reproducción facsimilar del manuscrito —por el mismo De la Fuente en 1873—, prescinden del añadido, pero transmiten una frase falta de sentido:

Sí que no está el amor de Dios en tener lágrimas ni estos gustos y ternura, que por la mayor parte los deseamos y **consolamos** con ellos (Álvarez 1999, vol. 2, p. 93, por quien cito; y Silverio 1915, p. 81; Efrén de la Madre de Dios y Steggink 1979, p. 657; Steggink p. 1986, 192).

Aplicando una lente de aumento al manuscrito, descubrí finalmente el comprensible error: no hay que leer *consolamos*, sino *consolarnos*. Las tres patas de la *r* seguida de *n* habían operado la confusión visual.

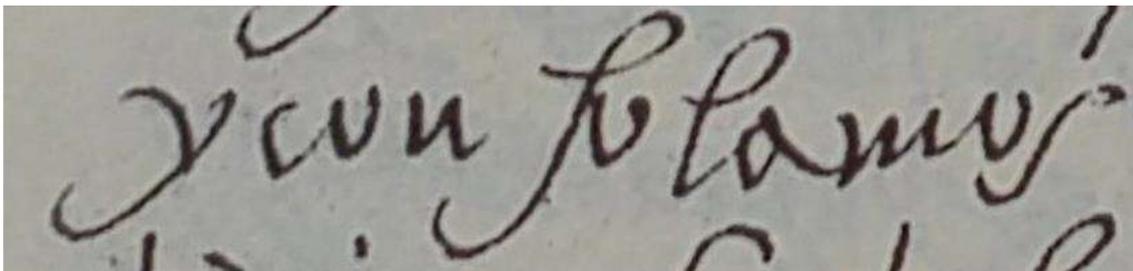


Figura 2: Del manuscrito del *Libro de la vida* (ed. facsímil de Tomás Álvarez, 1999)

Con esta lectura —*consolarnos*—, y puntuado diversamente, el pasaje recobra el sentido y la coherencia del original:

Sí, que no está el amor de Dios en tener lágrimas ni estos gustos y ternura (que por la mayor parte los deseamos) y **consolarnos** con ellos, sino en servir con justicia y fortaleza de ánimo y humildad. (Sebastián 2014, 78).

Era antes de mediodía. Era, además, el día de santo Tomás Apóstol, onomástico del padre Álvarez, a quien llamé inmediatamente para hacerle partícipe de este hallazgo que juzgo el principal de mi edición. Estaba fuera, y no pudimos hablar. Así que le envié un correo el día siguiente, y enseguida me contestó felicitándome y congratulándose. La correspondencia de esos meses con el padre Álvarez es testimonio de la sintonía y el aprecio mutuo que hubo en todo momento entre nosotros.

Y así íbamos compartiendo los avances “para mayor gloria de la santa”, como le gustaba a él decir. El padre Álvarez, que en gloria esté, era tan bueno, tan competente, y tan señor, que compartía con felicidad todos y cada uno de los pequeños pasos con que yo iba consiguiendo limpiar y fijar el texto y darle su merecido esplendor, también con las abundantes notas que daban por buenos y castizos los rasgos del lenguaje de la santa, avalados por otros paralelos en los mejores escritores de su tiempo y condición.

III. SANTA TERESA DE JESÚS: POR NO PONER ACENTOS

El *Libro de la vida* de santa Teresa, además de no traer signos de puntuación, no trae acentos en absoluto: los impresos de la época comenzaban a insertar algunos de manera diacrítica en palabras que, escribiéndose igual, pudieran tener distinto uso y sentido (à preposición frente a *a* del verbo haber; *busqué* frente a *busque*, etc.).

Entre los pasajes a los que se dio cumplido sentido por primera vez en nuestra edición de Biblioteca Clásica, había una frase que había sufrido, en el paso de los siglos, diversas fuerzas para hacerla encajar en la sintaxis y en la inteligibilidad. En el autógrafo la santa había escrito *saca*. Como no encajaba, fray Luis, o quien fuera, lo transformó en *sacan* para su edición impresa, considerando, quizás, que podría haberse omitido (o borrado) la rayita que debiera ir encima de la *a* para, como era corriente, simplificar la escritura por medio de una contracción.

Así, en la primera edición impresa, el pasaje dice (actualizo la ortografía):

Y plega a vuestra bondad, Señor, que sea yo sola la ingrata, y la que haya hecho tan gran maldad y tenido tan excesiva ingratitud: porque aun ya de ella algún bien ha sacado vuestra infinita bondad; y mientras mayor mal, más resplandece el gran bien de vuestras misericordias. ¡Y con cuánta razón las puedo yo para siempre cantar!

Suplícoos yo, Dios mío, sea así y las cante yo sin fin, ya que habéis tenido por bien de hacerlas tan grandísimas conmigo, que espantan los que las **ven**, y a mí me **sacan** de mí muchas veces, para poderos mejor alabar a Vos; que, estando en mí sin Vos, no podría, Señor mío, nada, sino tornar a ser cortadas estas flores de este huerto, de suerte que esta miserable tierra tornase a servir de muladar como antes (pp. 167-168).

Tiene sentido, sí. Pero el manuscrito decía otra cosa.

Algunas de las primeras ediciones críticas, De la Fuente (1861, p. 52) y Tomás Álvarez (1999 vol. 2, p. 122), leen con la *princeps*. Álvarez que había buscado el pasaje en la primera edición facsímil (De la Fuente 1873), como allí leía *saca*, se justifica aventurando que, debido a la escasa calidad que ofrecían los medios utilizados, en la copia habría desaparecido la tilde de abreviatura sobre la *a* final de *saca* que con seguridad campearía en el manuscrito.

Las otras ediciones críticas, Silverio (p. 106), Efrén de la Madre de Dios y Steggink (p. 676), y Otger Steggink (p. 222), obedientes al facsímil de De la Fuente reproducen el texto con la variante *saca* (y a mí me *saca* de mi muchas veces). Lo que no da sentido.

En el facsímil editado por Tomás Álvarez a color y con todos los medios de que se podía disponer en 1999 y el auxilio de los mejores profesionales, lo que se percibe hoy nítidamente es una *N* añadida en alto, mayúscula, por más señas, lo que delata su carácter apócrifo (la santa no usaba más que minúsculas).

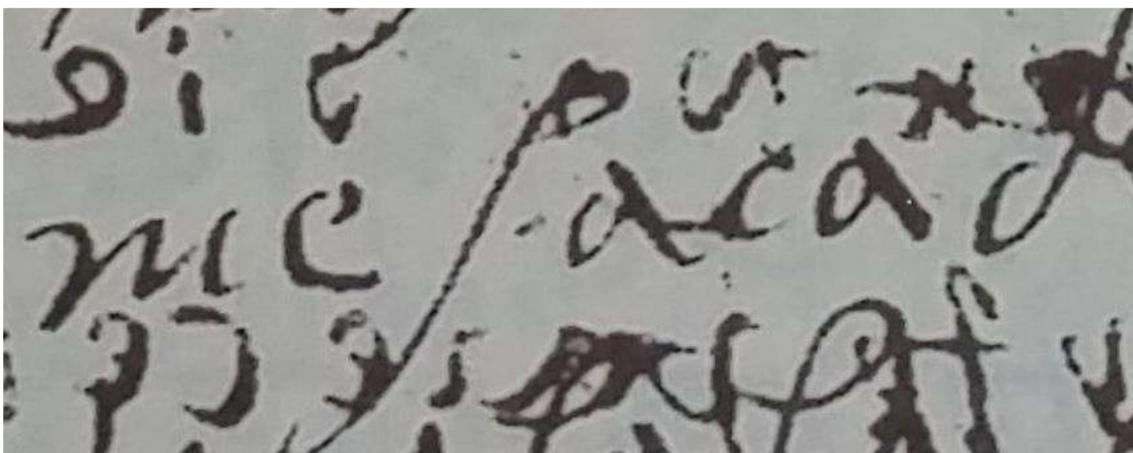


Figura 3: Del manuscrito del *Libro de la vida* (ed. facsímil de Tomás Álvarez, 1999)

La solución estaba en la teoría y práctica de la acentuación en el siglo de santa Teresa. En realidad, en aquel pasaje lo que se escribe *saca* se debe pronunciar como palabra aguda (*sacad*), la forma del imperativo plural o de cortesía, que es como se escribía, y como lo hacía la santa habitualmente, sin la consonante final. Así, en nuestra edición, restituyendo la forma usual del imperativo, y ajustando la puntuación a lo requerido por el sentido del pasaje, se puede leer, con sentido (el que quería la santa) y, a la vez, en obediencia a lo escrito en el autógrafo:

Y plega a vuestra bondad, Señor, que sea yo sola la ingrata, y la que haya hecho tan gran maldad y tenido tan excesiva ingratitud: porque aun ya de ella algún bien ha sacado vuestra infinita bondad; y mientras mayor mal, más resplandece el gran bien de vuestras misericordias. ¡Y con cuánta razón las puedo yo para siempre cantar!

Suplícoos yo, Dios mío, sea así y las cante yo sin fin, ya que habéis tenido por bien de hacerlas tan grandísimas conmigo, que espantan los que las **ven**. Y a mí me **sacad** de mí muchas veces, para poderos mejor alabar a Vos; que, estando en mí sin Vos, no podría, Señor mío, nada, sino tornar a ser cortadas estas flores de este huerto, de suerte que esta miserable tierra tornase a servir de muladar como antes (Sebastián 2014, pp. 100-101).

IV. UNA ERRATA AL FINAL DE CAMINO

Por la fecha de su primera edición, 1939, la propiedad de autor no ha decaído. Hube de pedir a sus administradores la debida autorización, que me fue concedida a condición de someter a su aprobación el final de mis trabajos.

Me gusta transcribir los textos personalmente. De este modo me identifico poco a poco con el estilo del autor, con sus peculiaridades de puntuación... Era el 6 de julio de 2022, hacia las 5 de la tarde. El modelo de que copiaba era la edición crítico-histórica de Pedro Rodríguez (2002). Estaba tecleando, o quizás repasando el punto 998 (todo el mundo sabe que el libro se compone de 999). De repente, una cosa casi física, o física propiamente: se me arrugó la nariz. Lo había leído infinidad de veces y no había reparado en ello. Ahora que no accedía como lector común, sino como profesional, y además empapado de los rasgos propios del autor con quien llevaba meses “conviviendo”, fue ahora cuando saltó la alarma. Algo sonaba ajeno al estilo del escritor; más, me sonaba de algún modo incorrecto, redundante. Efectivamente, tal como recordaba de mis anteriores lecturas, ese punto, y tal como venía en la edición de referencia, decía: “¡Bendita perseverancia la del borrico de noria! ...”. Fui enseguida a la *princeps*, y me encontré una expresión del todo satisfactoria: “¡Bendita perseverancia del borrico de noria!”. Todavía busqué en otros textos del mismo autor y encontré la misma expresión depurada: «¡Bendita perseverancia, llena de fecundidad, del pobre borrico de noria! ...» (Instrucción, 9-I-1935, *apud* Rodríguez 2002:1016).

Tras la exultación primera, una llamada que buscaba a la vez compartir con alguien a la altura la alegría del hallazgo, y, de alguna manera, su confirmación. Llamé por teléfono al profesor Constantino Áncel, estrecho colaborador de Pedro Rodríguez durante la confección y puesta al día de su famosa edición. Áncel, desconcertado, me dijo que tendría que mirar el ordenador de don Pedro, que eso llevaría tiempo; que él tenía que salir de inmediato fuera de Pamplona; y que todas las ediciones que él recordaba traían la misma lectura que la de 2002. Por mi parte, hice el cotejo con las que tenía a mano, y todo indicaba que la variante se había introducido muy pronto en la larga cadena de tradición textual.

Llamé a Roma a mi colega Luis Cano, que estaba a esa hora en la Universidad de la Santa Cruz recogiendo para comenzar sus vacaciones, y oyendo al conserje que hacía sonar las llaves para cerrar la biblioteca. Felizmente, la bastó muy poco tiempo para encontrar la aparición de la variante en la tercera edición, de 1945, llevada a cabo por la editorial Minerva. La primera había salido de las prensas de la editorial C.I.D. de Valencia en 1939, y la segunda de la editorial Luz, Madrid, 1944.

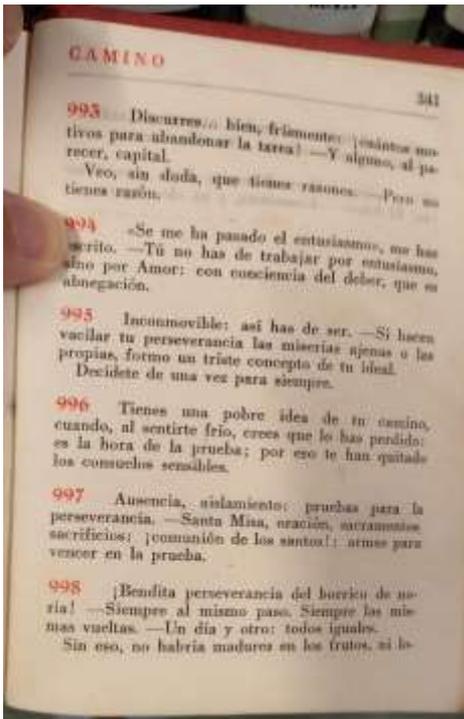


Figura 4: *Camino*, 2ª ed. Lee en el punto 998 con la prínceps

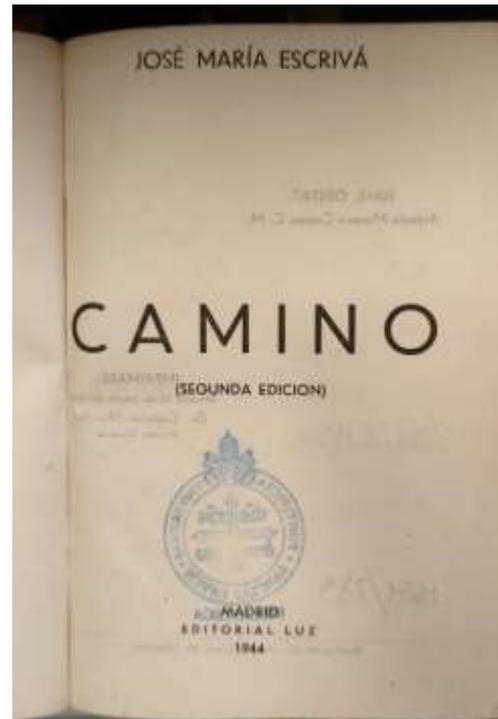


Figura 5: *Camino*, 2ª edición, Luz, Madrid, 1944

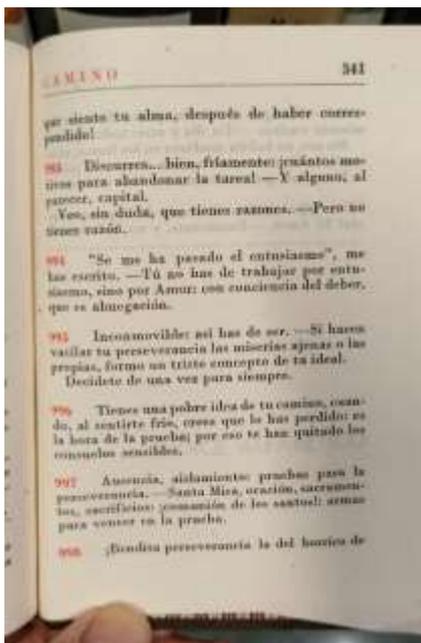


Figura 6: *Camino*, 3ª edición. Introduce una variante en el punto 998 que se transmitirá hasta la edición del CECE, Madrid, 2023

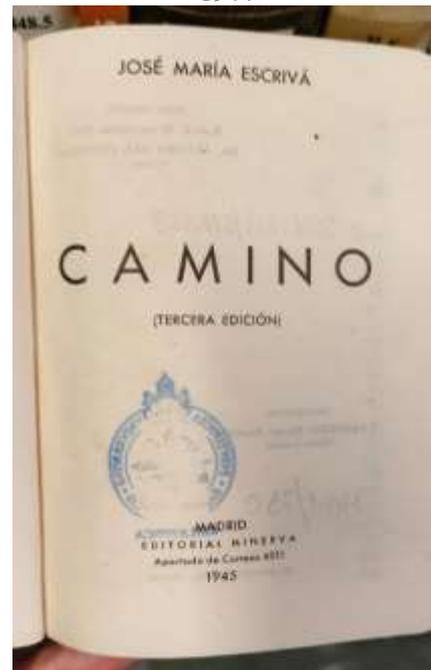


Figura 7: *Camino*, 3ª edición, Minerva, Madrid, 1945

¿Cómo había podido suceder? Si se tratara de otro tipo de texto, cabría pensar en una ultracorrección: la pretensión de corregir algo mejorable. Pero no parecía ser este el caso. En cambio, este tipo de error (porque de un error se trata) viene perfectamente descrito en el *Manual de crítica textual* de Alberto Blecha, y se llama *lectio faciliior*. El escriba (o el mecanógrafo), mientras traslada su mirada y su atención de lo leído al papel donde lo ha de reproducir, ha creído leer algo que le es más familiar, una

expresión equivalente: en este caso, más coloquial. Siendo como es aceptable, aunque los lectores educados pueden notar una redundancia innecesaria, la variante pasó de una emisión a otra sin ser advertida, ni siquiera, por la exhaustiva edición crítico-histórica de Pedro Rodríguez (2002), ni en sus sucesivas actualizaciones del mismo año y de 2004.

La edición que recientemente publiqué (2023) en el Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, dando un salto hasta 1945 recupera para el futuro esta lectura que, además de ser mejor, es la querida por el autor, y la que recogió la primera edición (1939) y reprodujo la segunda (1944).

V. UNA VARIANTE BIEMPENSANTE EN LO ESCRITO POR FRAY LUIS DE GRANADA

El texto decía:

Tienen también todos los animales sus propiedades acomodadas a sus naturalezas, con las cuales se diferencian los unos de los otros, como lo refiere Basilio por estas palabras: “El buey es fuerte y robusto; el asno, perezoso; el caballo, muy inclinado **a la guerra**, el lobo nunca se puede domesticar; la raposa es astuta; el ciervo, temeroso; la hormiga, laboriosa; el perro, agradecido y reconocedor del beneficio recibido...” (*Introducción del símbolo de la fe*, 1, 12, 3).

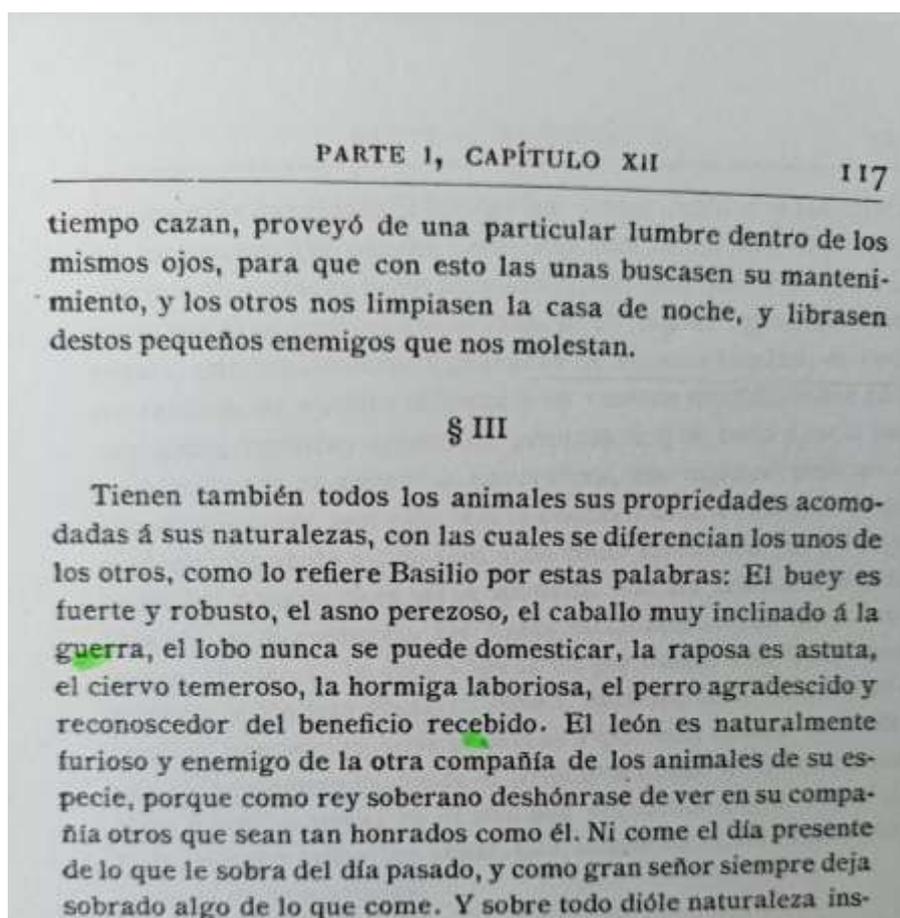


Figura 8: *Introducción del símbolo de la fe*, edición Cuervo (1918), que siguen las modernas de Balcells y Huerga

Estaba ya en la fase de anotar el texto, y había encontrado algunas referencias bíblicas para fundamentar la asociación entre la guerra y el caballo. Apoyado en un texto muy poético sobre la belicosidad del caballo en Job 39:18-25, san Isidoro había consagrado el mito: “Los caballos pueden olfatear la batalla; el sonido de la trompeta los instiga a entrar en la pelea” (*Etimologías*, XII, 1, 43, col. 430).

Cuando se está preparando una edición de este tipo, lo más cómodo es partir de (y copiar) la última edición crítica, si la hay, e ir haciendo los cotejos con las otras que ha de tener en cuenta. Así iba procediendo. Al llegar aquí, el olfato filológico me hizo ir a buscar comprobación. Y la *princeps*, precisamente, traía una lectura distinta, que sonaba a picardía:

El buey es fuerte y robusto; el asno, perezoso; el caballo, muy inclinado **a la yegua** ...

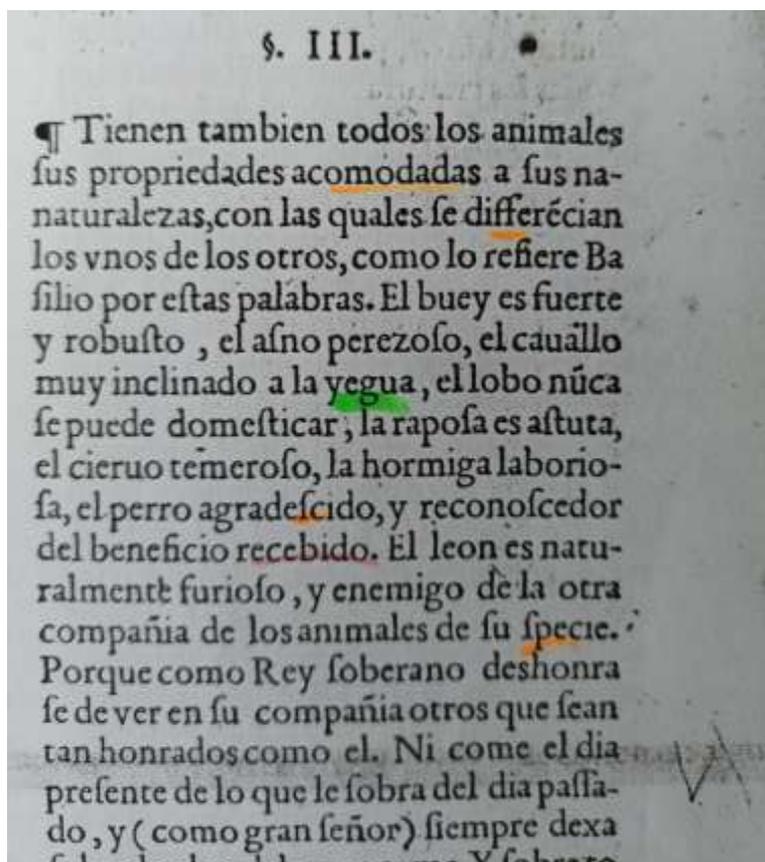


Figura 9: *Introducción del símbolo de la fe*, primera edición (1583)

Pero la variante “inclinado a la guerra” venía con autoridad indiscutida desde la segunda edición hasta hoy en día, lo que se podía interpretar como una corrección a tiempo, digna de toda consideración. Ordinariamente las segundas ediciones tienen carácter de correctoras de lo que ha podido salir manco o errado en la primera. Y la segunda de la *Introducción del símbolo de la fe*, un año después de la primera (1584) se declara a sí misma como enmendadora de muchos fallos reconocidos por el autor. ¿Pudo tratarse aquí de una de esas enmiendas válidas? Entonces, la edición crítica en que me hallaba ocupado, ¿cuál de las lecturas debería tomar por buena: la de la primera edición, o la de las innumerables que, a partir de la segunda, presuntamente corrigen aquí?

Leído desde un poco atrás se ve que fray Luis está citando a san Basilio. Entonces, lo prudente sería ir a san Basilio y ver qué es lo que dice.

El texto del padre de la Iglesia no deja lugar a dudas. En su versión latina, traducción exacta del griego que viene en la columna contigua el tomo correspondiente de la Patrología Griega, dice así: “Est enim bos constans et firmus, asinus piger, ardens equum ad appetendam **feminam...**” (*Hexamerón*, IX, 3, PG 29, col. 191).

Solo se salvaron de este error las ediciones que se estamparon en Zaragoza, 1584 —a partir de la *princeps*—, y Barcelona, 1585, que se confeccionó a partir de la de Zaragoza.

Se trata de una ultracorrección (comprensible) que cambia el sentido del texto, y traiciona la voluntad tanto del autor que cita como del citado.

Todo ello viene ampliamente documentado en la nota 22 al texto crítico de mi edición (pp. 126-127) y en el aparato crítico (p. 447).

VI. ROMA: UN MANUSCRITO TRASPAPELADO

Estaba terminando de escribir y dar algunos repasos a la biografía de mi paisano el venerable Domingo de Jesús María Ruzola, carmelita descalzo (Calatayud 1559 - Viena 1630): me faltaba consultar la fuente de las fuentes, frecuentemente citada, pero que no había conseguido, todavía, ver.

Los relatos de su vida que, desde que murió el siervo de Dios, se habían ido escribiendo durante los siglos XVI y XVII remitían (cuando lo hacían) a una *vida* redactada por quien fue su secretario y confesor en los últimos y muy fecundos años de su existencia, Pietro della Madre di Dio, Angelini. En el siglo XX, lo cita con profusión Silvano Giordano, O.C.D., en su tesis doctoral, que publicó más tarde con el título *Domenico di Gesù Maria, Ruzola: un carmelitano scalzo tra politica e riforma nella chiesa postridentina*, Teresianum, Roma, 1991. El otro biógrafo del siglo pasado, Olivier Chaline, catedrático de La Sorbonne, se propuso profundizar concretamente en el papel que desempeñó fray Domingo en la Guerra de los Treinta Años (*La bataille de la Montagne-Blanche: un mystique chez les guerriers*, 2000), conoce la existencia de la relación, la recoge entre las fuentes, pero no hace ningún uso del mismo, por lo que no consta que la haya visto.

Averigüé que se trata de un códice manuscrito todo él en italiano, de más de mil páginas, terminado de escribir el mismo año de la muerte de Ruzola, 1630 (Angelini, que no pudo acompañar a fray Domingo en su último viaje a Viena, fallecía en Roma un mes más tarde que el siervo de Dios). Solo existe una copia, auténtica, en el Archivo General de la Orden de Carmelitas Descalzos en Roma, ms. 319. Al final de la segunda parte, de las cinco en que está dividido, se declara el nombre del copista y la fecha más tardía posible para su datación: “Esta letra es del padre Valerio de Santa Ana, ... que murió en 1662”.

Para quedar satisfecho de no haber descuidado ninguna información importante sobre la vida y obra de fray Domingo, era preciso ver de principio a fin el relato de Piero della Madre di Dio. Me puse en contacto con el Archivo General para solicitar una copia digital; pero se me negó con muy buenos modos y argumentos: entre otros, que no digitalizaban, por encargo, códices o libros completos. En cambio, se pusieron a mi entera disposición para atenderme si acudía en persona.

Y así hice. Inmediatamente despejé la agenda para una semana completa, y me dispuse a trabajar en el Archivo de lunes a viernes durante todas las mañanas. El resultado fue altamente satisfactorio. Pude añadir el testimonio de Pietro della Madre di Dio a muchos acontecimientos cuya autenticidad tenía ya avalada por los relatos

impresos o manuscritos inéditos que había podido consultar y citar (algunos, por primera vez). Mi biografía se pudo enriquecer, entonces, con abundantes citas textuales de quien había acompañado al personaje como confesor y secretario durante los últimos quince años de su vida.

La curiosidad del lector agradecerá, sin duda, que transcriba aquí, aunque sea traduciendo al español, un pasaje que da credibilidad a alguna de las representaciones iconográficas más singulares del héroe de la Montaña Blanca. En una escaramuza previa a la batalla decisiva:

En este combate, que duró hasta la tarde, habiendo ligado nuestro padre el crucifijo que llevaba de ordinario en la mano en la punta de su bastón (del cual no lo separó hasta que, acabada la guerra, fue conseguida la victoria completa), montó a caballo por primera vez y siguió al duque y su compañía, y con el Cristo enarbolado, que llevaba en la mano, y con la imagen de la Virgen, que llevaba colgada al pecho, daba gran devoción a los que lo veían, y con sus enfervorecidas palabras llenas de fe y de esperanza, daba grande ánimo a los católicos para combatir valerosamente (parte IV, p. 161).

Una vez conseguidos ampliamente los objetivos que me había propuesto con el relato del padre Pietro Angelini, me quedaba tiempo suficiente para abordar una última cuestión.

En la relación de fuentes que trae Giordano al final de su biografía, menciona un manuscrito del propio Ruzola con un título capaz de justificar otro viaje si no lo conseguía ver y estudiar en esos días. En el Archivo de la Postulación General de la Orden, en la misma sede donde estaba trabajando, debía haber un códice titulado *Vita o relazione di coscienza del venerabile servo di Dio fra Domenico di Giesu e Maria carmelitano scalzo scritta di suo proprio pugno essendoli stato imposto dall'obediencia*. Copia autenticata. Según Giordano, con la sencilla signatura 10.

Lo pedí al responsable, doctor Marcos Argüelles, que siempre me había tratado con exquisita atención. Marchó a buscarlo. Pasaba el tiempo ... y no regresaba. Tras un largo rato, vino acompañado del Archivero general, fray Angelo Lanfranchi para decir, desolados, que el manuscrito no se encontraba. Entendí que habían buscado en el Archivo general, de donde procedía el manuscrito que había estado consultando anteriormente, por lo que sugerí que mirasen en el Archivo de las postulaciones, que estaba al lado del otro. Tampoco. Entonces me invitaron a entrar, por si quería buscar por mí mismo. Y al primer golpe de vista, desde el dintel de la puerta, señalé: “Ese”. Aquel era el objeto de mis deseos, y venía a colmarlos.

A modo de *auténtica* para el futuro, lo encabeza esta manifestación:

Copia.

Todo esto ha sido escrito, de su propia mano, por nuestro venerable padre fray Domingo de Jesús María, y por ser la pura verdad, yo lo hice encuadernar de nuevo hoy veintisiete de febrero de mil seiscientos setenta y cuatro. Fray Alejandro de Jesús María, prepósito general de los Carmelitas Descalzos, de mi propia mano.

Sabemos que, en España, fray Domingo Ruzola, atendiendo a lo mandado por sus superiores, había escrito el año 1601, mientras residía en el desierto de Bolarque, una relación de todos aquellos fenómenos extraordinarios de visiones y milagros que

había venido experimentando. Esta declaración había sido vista (y citada) por los que, en vida del siervo de Dios, habían escrito relaciones más o menos extensas de su vida antes de pasar a Italia. En cambio, nadie hace mención de una nueva relación que hubiera escrito en Roma, ni del códice que se conserva en esta ciudad. Tan solo Silvano Giordano, que había debido verlo en su anaquel mientras confeccionaba la tesis doctoral, lo recoge en el índice de fuentes, pero demuestra no haberlo leído, pues no hace más mención, ni trae ninguna cita de él.

En realidad, siendo copia, como se indica en su encabezamiento, y puesto que esta termina sus relatos en el momento de la llegada a Italia, podemos concluir que estamos ante un traslado de lo que fray Domingo escribió en Bolarque aquel año 1601. La copia romana consiste en un códice bilingüe encuadernado que contiene 159 folios (recto y verso) con las relaciones en orden cronológico, y otros folios con el índice de las cosas más relevantes que se contienen en el volumen. En la primera parte, cada cara está dividida por una raya vertical que sirve de margen para la escritura a dos columnas, en italiano la izquierda, y en español la derecha. El español, con algunos italianismos introducidos por el autor, si es que fue él quien lo preparó durante su estancia romana, o bien por el copista italiano. Por el frontispicio que ya hemos mencionado, podemos conocer el año (1674) en que, en honor a su valor, se encuadernó en este formato, y por mano de quién se hizo.

El códice romano no trae ninguna noticia que no se conociera ya por otras fuentes, pero proporciona el gozo de entrar en el alma sencilla de aquel hombre que, al contar las cosas extraordinarias, habla en tercera persona, como es natural, y lo expone todo con una ingenuidad que no volveremos a encontrar en ninguno de los relatos de sus admiradores, los cuales añadirán lo que la humildad del fraile vela, y lo adornarán con detalles barrocos muy al gusto de la época.

Es seguro que, habiendo llegado hasta aquí, el atento lector agradecerá tener la posibilidad de saborear algunos de esos relatos tal como salieron de la pluma de fray Domingo Ruzola.

He aquí el de los coloquios que mantenía, siendo un niño de 10 a 12 años con las imágenes de Cristo y de la Virgen que se veneraban en sendas capillas del viejo convento del Carmen (recuérdese que, por prudencia elemental, lo cuenta todo en tercera persona):

Se estaba mucho tiempo diciendo paternostres y avemarías, a veces, en la capilla de un Cristo muy devoto hecho de relieve, y otras veces en otra de Nuestra Señora, que estaba más adentro donde estaba una imagen también de bulto de Nuestra Señora con su hijo en los brazos. La cual imagen de Nuestra Señora habló muchas veces al dicho niño con tanta familiaridad y amor como si fuera su Madre y mucha más, y muchas veces le daba y le ponía a su Hijo en los brazos, y le decía la Virgen que lo amase y regalase mucho, y que le pidiese muchas cosas. Era tan grande el gozo que el niño tenía de tener en sus brazos al bambino de María, que le parece que no era poco no morir de contento. Decíanle muchas veces que les viniese a hacer compañía, y el niño lo hacía de tan buena gana, tirado de la hermosura de la Madre y del Hijo, y del gusto extraordinario que en ello sentía, que se le pasaban las noches enteras estando con ellos, y se quejaba de la noche y del día porque se pasaban tan presto; porque todo le parecía un momento, y no le hace poca fuerza, aquellas y otras expresiones semejantes para rastrear algo de la eternidad y del gozo de que gozará el alma cuando, por

participación de gracia y de gloria, le dirán que entre en el gozo de su Dios y Señor (ff. 5r-5v)



Figura 10: Doble escena del pequeño Domingo hablando con las imágenes de la Virgen del Carmen y del Crucificado (casa natalicia del siervo de Dios en Calatayud)

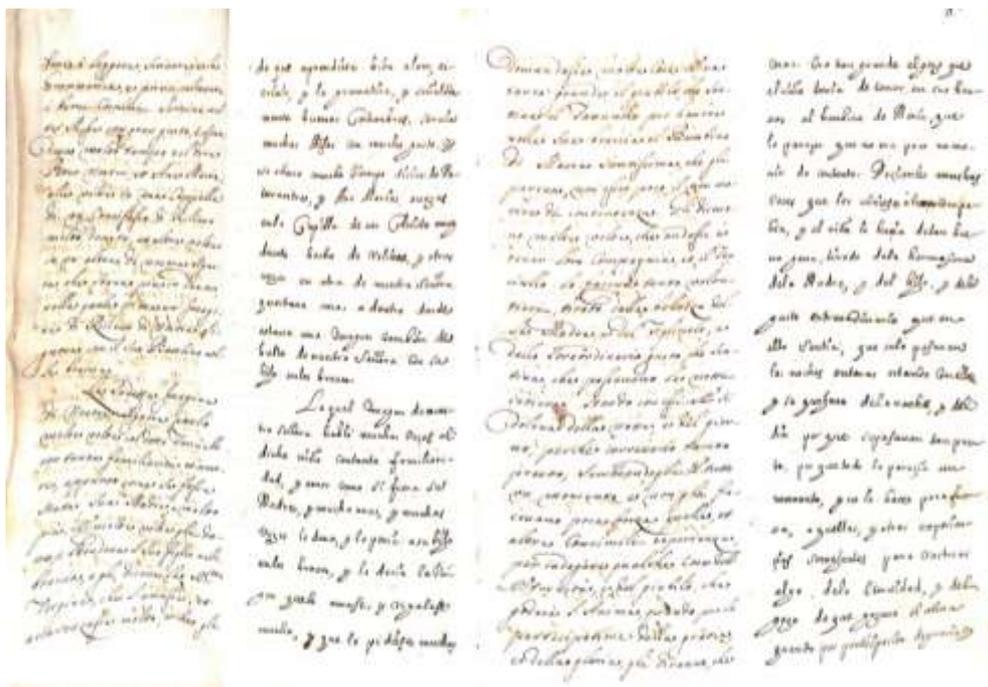


Figura 11: Manuscrito autobiográfico inédito. Folios 5v-6r: narra los coloquios con la Virgen

Y, en el mismo contexto, su actitud y respuesta a la vocación que el provincial del Carmen le había planteado cuando lo conoció:

Con esta ocasión comenzó a pedir a la Madona y a su hijo en aquellas ocasiones sobredichas y en otras, que la imagen de nuestra Señora se estaba en su misma forma, y a esto nunca le respondían. Pero saliendo una noche de la capilla de nuestra señora, al tiempo que pasaba por la del Cristo Crucificado le dio una voz tan grande y espantosa, que cayó temblando en tierra casi sin sentido, y le dijo que se levantase, y que no temiese, y que entrase en la religión de su Madre. El niño estaba dudando no fuese el demonio. Le dijo que no era como pensaba, y que en señal que no era el demonio, sino Dios, le decía lo que él pensaba, y que para que lo viese más claro, y no dudase, entendiese que los pensamientos de los actos libres internos no los puede saber el demonio, sino Dios ... Le prometió su protección y ayuda, llamándole hijo, y mostrándole cuán cara le era la devoción y particular amor que tenía a su Madre, y repitiendo que entrase seguramente a servirlo, y imitarlo en su religión (ff.6v-8r).



Figura 12: Detalle en que se lee la respuesta de Jesús para que ingrese en la orden de su Madre

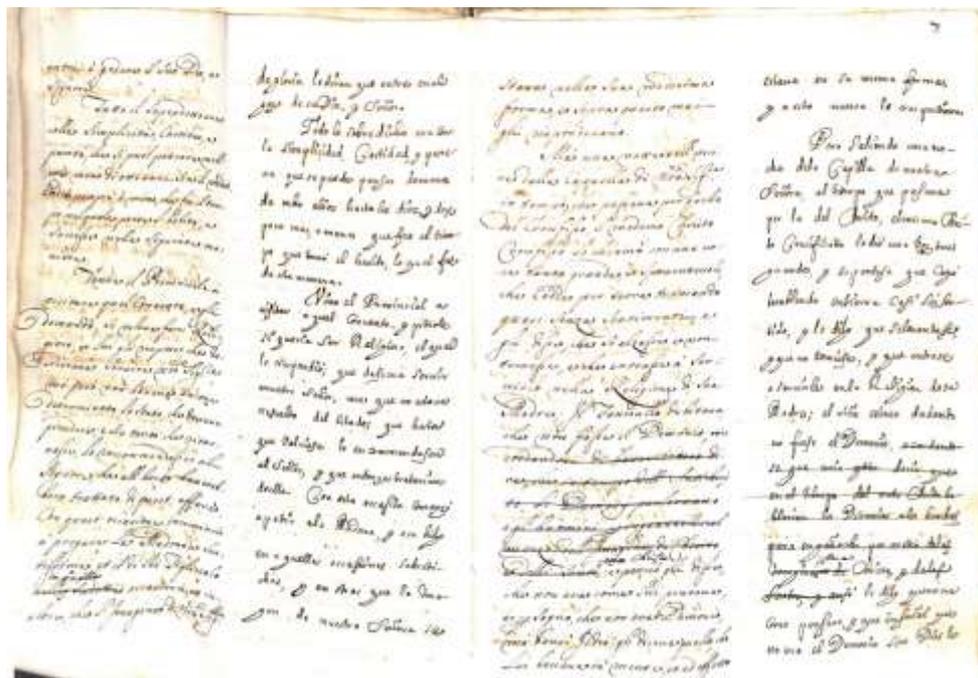


Figura 13: Manuscrito autobiográfico inédito. Describe la resolución de hacerse carmelita

Felizmente podemos concluir con que nos encontramos ante la copia más antigua y fiel de las relaciones que fray Domingo Ruzola escribió por obediencia durante el tiempo que habitó en Bolarque en 1601 y cuyo contenido conocíamos abundantemente por las relaciones manuscritas de fray Pietro della Madre di Dio, acabado de escribir en Roma en 1630, y de Pedro de Santa Teresa, fechado en España en 1647, el cual, en su Advertencia firmada antes de comenzar sus relaciones, asegura “al que las viere, que con toda diligencia y desvelo las he entresacado de las Relaciones graves y fidedignas

que religiosos gravísimos y doctísimos de nuestra Descalcez y fuera della nos dejaron (habiendo sido primero confesores o preladados del venerable), y de las que él mismo escribió obligado del precepto que para ello le pusieron los superiores, como en la misma narración se verá. Y porque conste de ser así, lo firmé de mi nombre, fray Pedro de Santa Teresa”.

La copia que hemos visto, copiado, y en parte reproducido, tiene su asiento en la Curia del Carmelo Descalzo, en Roma, desde al menos 1674, en que estampó en ella su testimonio el que era entonces Prepósito general.

VII. ROMA: HUBIERA SIDO BONITO

En los últimos meses se había ido apoderando de mi imaginación la extraordinaria aventura caballeresca del padre Domingo Ruzola y su participación en la Guerra de los Treinta Años en defensa de la fe católica. La motivación religiosa adquirió para él, de repente, una exigencia reparadora después de descubrir incidentalmente una imagen de la Virgen ultrajada por los herejes. Pocos días antes de la batalla de la Montaña Blanca, el carmelita había encontrado en un edificio abandonado recientemente por los enemigos unas imágenes religiosas profanadas. Una de ellas atrajo especialmente su atención: se trataba de una pequeña tabla con la escena de la Adoración de los pastores medio cubierta por el polvo y los escombros. Al limpiarla pudo ver con dolor que, sirviéndose de un punzón o de la punta de un cuchillo, los iconoclastas habían arrancado los ojos de la Virgen y de los demás personajes, respetando solo los del Niño-Dios. Enardecido, adoptó la imagen como enseña. Y llevándola colgada, mientras blandía el crucifijo que nunca abandonaba, al grito de “¡Santa María!” consiguió contagiar su ardor a los jefes y soldados, y alcanzar una fulminante victoria que pondría fin a aquella primera parte de la guerra. Desde entonces, la pequeña imagen se denominó Nuestra Señora de la Victoria.

Llevada junto con los despojos y trofeos a la Ciudad Eterna, fue expuesta para su veneración en Santa María la Mayor hasta que, por disposición del Papa, se la entronizó en el presbiterio de la iglesia de los carmelitas, que se llamaba de San Pablo y desde entonces cambiaría su advocación por la de Nuestra Señora de la Victoria. La pequeña imagen pasa hoy día prácticamente inadvertida a los ojos de los fieles ocupando el centro de un gran retablo compuesto por nubes y rayos de sol, y eclipsada, sobre todo por la proximidad —en una capilla contigua— de la famosa obra de Bernini conocida como “El éxtasis de santa Teresa”, que no cesa de recibir la visita de los curiosos.



Figura 14: En el centro del retablo del altar mayor, Nuestra Señora de la Victoria

Yo había visitado años atrás aquella iglesia, como tantos de mis contemporáneos, en busca de la célebre composición de Bernini. Ahora, en el mes de febrero de 2023, aprovechando de una semana de estancia en Roma para investigar en el Archivo General de los Carmelitas Descalzos para mi biografía del padre Domingo Ruzola, decidí acercarme de nuevo a la iglesia para fijarme mejor en el retablo mayor, y entrar en la sacristía donde, según había leído, se guardaban tantos recuerdos de la batalla de la Montaña Blanca. Como no había concertado una visita formal, queriendo tener alguna información, me acerqué a un religioso de avanzada edad que estaba, al parecer, haciendo guardia al pie del altar. Le interrogué por la imagen primitiva, que, según los historiadores había desaparecido en un incendio el año 1833. El anciano fraile me advirtió que, tras la quema, quedaron unos restos de la tabla que se fijaron en el reverso de la imagen que ahora se venera, que es una reproducción fiel del original.

El asunto me conmovió en lo más íntimo. Vino a mí, entonces, el recuerdo de otro incendio, provocado cien años más tarde de aquel, en 1933, en Calatayud, durante el que se había quemado la talla de la Virgen de la Peña, patrona de mi ciudad. Un joven y valiente sacerdote, don Enrique Carnicer (a quien llegue a conocer como penitente habitual de su confesonario, y amigo de mi familia), había corrido al santuario en llamas y rescatado las cenizas de la imagen. Después de que se hiciera una reproducción exacta en los talleres de los hermanos Albareda de Zaragoza, la Virgen de la Peña fue entronizada el año siguiente sobre un soporte en forma de nubes que deja ver a través de un cristal las cenizas en su interior. La similitud entre uno y otro suceso me produjo gran gozo; y pensaba que sería conveniente darlo a conocer, para que los visitantes, cuando venerasen la copia, supieran que estaban honrando, al mismo tiempo, la famosa imagen milagrosa.

Pero era preciso confirmar aquella declaración verbal y espontánea del viejo carmelita.

Siete meses después, en septiembre del mismo año, tuve que viajar de nuevo a Roma para presentar un libro que acababa de publicar en España. Al sacar los billetes me reservé un par de días para hacer algunas visitas de comprobación relativas a la biografía del padre Ruzola.

Había conocido tiempo atrás en Salamanca con ocasión de un congreso a un carmelita alemán, fray Ulrich Dobhan, que entonces era provincial de los descalzos de Alemania. Ahora, respondiendo a un ruego mío, me acababa de enviar unas reproducciones de cuadros importantes para ilustrar el libro, y me facilitó la dirección de la persona que me podía ayudar en Roma. Así, escribí al recomendado padre Roberto María Pirastu, Definidor General de la Orden; y este, con toda amabilidad, me organizó un encuentro en la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria. Allí nos esperaba con el párroco, fray Ángel Campana, que tenía todo dispuesto para que pudiéramos examinar, y fotografiar si convenía, los objetos que me interesaban. De esta manera, pude obtener buenas fotografías del crucifijo milagroso que había acompañado siempre al venerable Ruzola y había obrado tantos prodigios. Abiertas las puertas de las vitrinas, pudimos retratar sin reflejos las banderas que habían ondeado en la batalla. Pero, llegados a la cuestión de los restos de la imagen milagrosa, el párroco insistía en que no había nada; que él mismo había llevado a cabo una limpieza y restauración del camarín de la Virgen hacía poco, y podía asegurar que no había ningún resto de la tabla primitiva. Yo me permití insistir en volver a examinarlo. El definidor tenía tanto interés como yo por despejar la duda tratándose de una reliquia tan importante. El joven párroco, armado de paciencia y del instrumental necesario, subido a una escalera de madera en el camarín, después de un trabajo ímprobo, extrajo finalmente la pieza que contenía dentro de un marco metálico la tabla policromada.



Figura 15: Examen de la imagen de Nuestra Señora de la Victoria en su camarín

Y nada más. Pero fue un momento de gozo indescriptible el que experimentamos los presentes. Como consuelo, los dos carmelitas afirmaron a la vez que esta reproducción, que había venido a sustituir la auténtica tras el incendio de 1833, tenía una antigüedad venerable. Difícilmente se podrá contemplar con más detalle (y quizás devoción) la conmovedora escena que tan claramente reclama reparación por la barbarie sufrida.



Figura 16. Imagen que se venera en el retablo, copia fiel de la original: reproduce las huellas de la profanación de parte de los iconoclastas